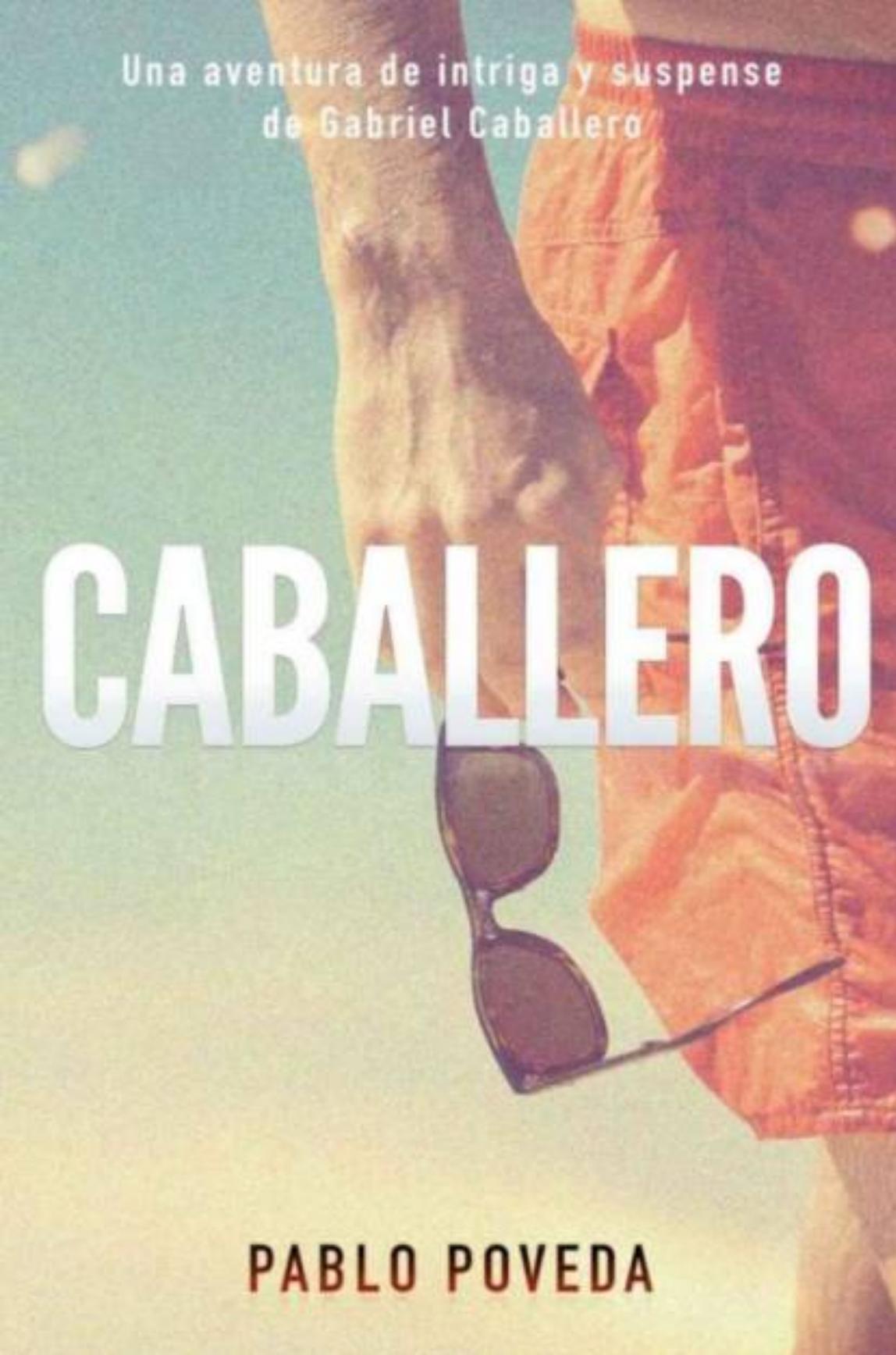


Una aventura de intriga y suspense
de Gabriel Caballero

CABALLERO

A pair of dark sunglasses is resting on a person's hand and orange clothing. The background is a warm, sunset-colored sky with a person's arm and hand visible. The overall mood is mysterious and suspenseful.

PABLO POVEDA

Una aventura de intriga y suspense de Gabriel Caballero.

Gabriel Caballero está en apuros: un asesino anda suelto en la Costa Blanca. La rectora de la Universidad de Alicante ha muerto de un extraño modo y nadie quiere saber por qué. Todo apunta a un homicidio, pero Gabriel tendrá que averiguar la verdad: su vida y trabajo dependen de ello, aunque no lo tendrá nada fácil. Adéntrate, de la mano del periodista libertino más famoso, en una aventura por la costa española, llena de acción, suspense, misterio y aventura.

Caballero es la precuela de *La isla del silencio*, la novela policíaca súper ventas mundial en Amazon que ha cautivado a miles de lectores en todo el mundo.

CAPÍTULO UNO

Alguien había echado un muerto sobre la ciudad. El ruido de los coches ponía la banda sonora a un día soleado y caluroso de una primavera que sabía a verano. La brisa de aire fresco con olor a mar, a crema solar, lo hacía todo más fácil, como las notas que salían cuando Coltrane tocaba el saxo. Me dejé llevar con la marea humana que recorría la avenida de Maisonnave, embelesado por los bellos rostros de las jóvenes alicantinas, las pieles tostadas por el sol de la playa, las pecas bajo los ojos y esos vestidos que apenas les llegaban a las rodillas. Creí estar viviendo en un cuento onírico, pues no podía pedir más que una cerveza bien fría que aliviara mi garganta en una terraza del centro. Crucé la puerta de unos grandes almacenes y contemplé a esos grupos de empleados vestidos con traje, bajo aires de superioridad.

Lo que la educación no lograba, tampoco lo haría un traje de rebajas.

Los días se planteaban como un cubo de Rubik a medio hacer: mi relación con Patricia no pasaba por su mejor momento. Teníamos nuestras diferencias y pese a todo, nos queríamos. Sin embargo, ella buscaba algo que toda mujer pide a un hombre en cierto punto de la relación. Patricia lo llamaba compromiso, yo prefería denominarlo redención. El miedo a perder lo que ya teníamos por el ansia de poseer un poquito más. Aquellas conversaciones jamás llegaban a buen puerto: ni las suyas, ni las nuestras. Era uno de los muchos errores que cometemos como seres humanos y no

podía culparla de su pasado educacional. Lamentablemente, Patricia esperaba que algún día me convirtiera en lo que nunca sería; que fuese el novio perfecto y ambicioso del que todas sus amigas hablaban. El chico de las regatas, los fines de semana en el club de golf de San Juan; el guapo de alta alcurnia que había terminado su maestría en Administración de Empresas. El mismo patán que veía desde las aceras subido a un Audi descapotable con una rubia al lado. Eso era lo que ella buscaba alcanzar, una pose, una sensación de bienestar, de fachada y aprobación social. Predicarlo a los cuatro vientos y creer que, al fin y al cabo, estábamos haciéndolo bien. Nada más que eso. Las personas más débiles tienden a escuchar las opiniones ajenas para terminar creyéndoselas. El problema siempre reside en que, en la mayoría de los casos, esos comentarios vienen de aquellos a los que menos conviene escuchar.

Me deslicé en línea recta en dirección a la avenida de Federico Soto, a paso lento y vivo como el protagonista de aquel clip musical que caminaba por la Quinta Avenida de Nueva York. Me sentía bien, estábamos en mi parte favorita del año y podía decir que vivía en el mejor lugar del Mediterráneo. Al pasar por una cafetería mundana pero con encanto, topé con una morena de cuerpo esbelto y pechos redondos, vestida de negro oscuro, como el color de sus ojos. A veces, los ángeles también trabajaban y ella era uno de ellos. La chica observó mis pasos, pendiente de lo que iba a hacer. Esboqué una sonrisa y bajé mi rostro con ademán de saludo, como se haría en los viejos tiempos.

Los hombres de mi época se fijaban más en sus músculos y en los relojes caros que en las doncellas que aparecían tras los portales.

La muchacha me devolvió la sonrisa y mostró una dentadura blanca y perfecta que hacía juego con sus labios carnosos. Me enamoré de ella, una vez más como de la vida, de su sonrisa y de su razón de ser. Me enamoré del sol que radiaba sobre mi frente y me hacía sudar.

Seguí y pasé por delante de un kiosco de prensa y me fijé en las portadas.

Las apariencias siempre engañaban, las mías, las de aquella chica, las de mi trabajo como periodista. Informar no era más que un término abstracto, idealizado, tal vez como el amor, la muerte o la ausencia de un ser querido. Dicen que el amor es eso que sucede mientras la persona que deseamos se encuentra ausente. El periodismo no podía ser menos y ser reportero en una ciudad como la de Alicante, donde nunca pasaba nada, se convertía en una labor de artesanía, de trabajo bien hecho, de ficciones verosímiles, que no veraces.

Ataviado con mis Wayfarer negras para protegerme del Lorenzo, me detuve en un paso de cebra.

El móvil vibró en el interior de mi bolsillo.

Saqué el aparato, desplegué la carcasa y me lo acerqué a la oreja.

—¿Dónde diablos te metes que no es en la oficina? — Gritó una voz dolorida raspada por el tabaco negro. Era Ortiz, el director de la redacción de Las Provincias en Alicante.

Mi jefe.

—¿Qué sucede? —Contesté—. Había salido a comprar algo.

—¡Déjate de monsergas, Caballero! —dijo al otro lado. Parecía irritado—. Deberías estar aquí, escribiendo el dichoso artículo universitario. ¿Cómo es que veo tu maldita silla cogiendo polvo?

Lo había olvidado por completo.

Un sudor frío me recorrió la espalda. Ortiz me estaba dando un ultimátum y no podía meter la pata de nuevo.

—Ya voy, ya voy... —dije sacando un Marlboro aplastado del bolsillo trasero del pantalón—. Tengo el artículo a punto, jefe...

—Más te vale —contestó y colgó sin darme tiempo a réplica.

—Maldito seas... —dije al aparato sin respuesta.

Encendí el pitillo y di una profunda calada.
Sería una jornada larga.

CAPÍTULO DOS

Las elecciones para elegir al rector de la Universidad de Alicante habían llenado las portadas de los diarios durante los últimos días. Al parecer, no solo a los estudiantes les afectarían los cambios de quien saliera elegido finalmente. Mónica Llopis, una joven treintañera doctorada en Bioquímica de larga melena castaña y gafas de pasta, tenía todas las papeletas para convertirse en la primera rectora de la Universidad de Alicante. Además de un par de ovarios, Llopis parecía poseer todo lo necesario para dar órdenes sin echarse atrás. Educada en Valencia, dominaba tres lenguas extranjeras, tenía don de gentes, conocía las normas del buen vestir y, cómo no, estaba bien relacionada. Tras una apariencia delicada y tímida, Mónica Llopis sabía seducir a la audiencia, tanto a profesores como estudiantes, para convencerlos a todos de lo que realmente necesitaba la Universidad: un empuje económico.

Hasta el momento, siempre había dado una imagen decente y comedida: sabía de lo que hablaba y no hacía falta ser muy listo para entender que aquella mujer era lo que necesitábamos todos. Los tiempos de bonanza económica estaban convirtiendo las facultades en meros monumentos políticos. En menos de cien kilómetros se podían encontrar facultades clónicas, vacías y con un profesorado detestable. En unos años, la provincia se infestaría de licenciados en abogacía vendiendo contratos de telefonía a domicilio.

La razón por la que Ortiz me habría encargado una noticia así, y tal vez la última, no fue otra que la cercana amis-

tad que me unía al segundo candidato a rector: Antonio Hidalgo.

Hidalgo era periodista de vocación, titulado y con años en El País y la televisión pública bajo las espaldas. Un decenio físicamente más viejo, aunque tan canalla como cualquier otro corsario de la noche. Nuestro primer contacto no llegaría hasta uno de esos malditos cursos de verano. Tenía que completar la lista de los créditos universitarios y opté por hacer uno de escritura creativa. Entre el calor y las ganas que tenía de marcharme de casa, Hidalgo fue un buen *sparring* para achacar mis crisis creativas y animarme a escribir mi primera novela. Tras los cafés en la facultad y las charlas entre copas en vasos de tubo, los relatos de Bukowski y el misterio de Thomas Pynchon, Hidalgo y yo comenzamos a forjar una relación que nos arrastraría a los mismos infiernos de la noche.

Pasaron los meses y dejamos las reuniones de las cafeterías para llevarlas a los bares del centro de la ciudad. Me encontraba en mi último año de carrera y él en el de su matrimonio. Poco después llegaría el divorcio y una trilogía llamada Pausa con la que terminaría siendo portada del dominical de El País.

Hidalgo era el profesor eternamente joven, bello y enrollado que se llevaba bien con todos, el crápula nocturno que se aflojaba el nudo de la corbata cada noche que pisaba las calle Castaños. Las sirenas perdidas en la búsqueda de sí mismas eran carne de cañón para un hombre que soñaba idealizando al sexo opuesto. Hidalgo, el escritor maldito, el literato abandonado, perdido en cada rincón de cada calle como un Oscar Wilde de provincia, ebrio y con la sonrisa entumecida.

Nos creíamos dos libertinos relativos a otra época, él rubio y yo moreno.

Compartíamos un código moral similar y sabíamos cómo hacer desaparecer el dinero de nuestras manos.

Hidalgo se presentaba como segundo candidato a rector en unas elecciones que habían logrado despertar el interés de los mismos alumnos universitarios. Para él suponía un nuevo reto: asumir una responsabilidad tras el horror de su matrimonio. Tal vez aquello salvara la situación conyugal y su mujer le diese una segunda oportunidad antes de arruinarlo. Tal vez, no. Sea como fuere, Hidalgo creía en la magia y en los milagros. Aprovechar la situación y hacerse con el voto joven no supondría un problema para él.

Ortiz estaba empeñado en que me hiciera cargo del seguimiento y le sacara todo el jugo posible a mi amistad. Apenas llevaba un año allí, pero ya era consciente de lo que vendría después. El periodismo se encontraba en sus horas más bajas. La falta de un modelo económico y el escaso interés del ciudadano, nos llevaban al naufragio. La crisis que se avecinaba traería consigo recortes. Ortiz había trabajado toda su vida en un periódico, no sabía hacer otra cosa. Todavía redactaba sus artículos en viejos procesadores de texto en blanco y negro, pese a tener la última tecnología a sus pies. Sacar una exclusiva en la edición del Levante nos ayudaría a ganarle terreno a la competencia. Por otro lado, cada vez era más frecuente encontrar estudiantes pululando por las redacciones, becarios sin remuneración alguna que les diese de comer y jefes enfadados que hacían de hombres orquesta. Ortiz era un perro viejo y simpatizaba poco con el talante de Hidalgo. No obstante, entendía que un periodista como rector de la Universidad de Alicante le serviría de trampolín para acabar dando clases en la facultad.

Sentado frente al monitor, di un bocado a un bocadillo de queso que había terminado comprando en la tienda de abajo.

El polvo se amontonaba sobre las letras del teclado.

—¿Has averiguado algo? —Dijo Ortiz acercándose por la espalda, embriagándose con su fragancia, mezcla de colonia varonil y tabaco negro.

—No, ¿qué esperabas? —Pregunté—. Son las elecciones a rector, no a presidente de los Estados Unidos.

—No me cuentes historias, Caballero... —Respondió—. Por el bien de los dos, más te vale que te enteres de los planes de tu amiguito Hidalgo. Con un poco de suerte, terminarás examinando a tus compañeros de facultad...

Pero Ortiz no hablaba de mí, sino de él.

—Mañana son las votaciones y en dos días, la investidura —comenté—. Espero que hayas encontrado a alguien para cubrirlo, porque...

Ortiz colocó su mano sobre mi hombro.

—Caballero, con esto vamos hasta el final —interrumpió dejándome a medias—. Te necesito al máximo estos días. Tú sabes cómo hacerlo. Tú lo empezaste y tú lo terminas.

—No me jodas, Ortiz —reproché—. Eso no fue lo que hablamos. Te dije que el viernes tenía planes. Yo me encargaba de la previa y otro...

—No hay más que hablar, Gabriel —interrumpió de nuevo—. No puedo permitir que un becario lo mande todo al traste... No, en este día.

Apreté el puño con todas mis fuerzas y aplasté con un golpe seco el emparedado contra la mesa. Ortiz me dio una palmada seca en el hombro. El silencio abrumador inundó la redacción. La segunda palmada bajó lentamente hasta el hombro y provocó un golpe más hueco que su antecesor:

—Dale duro, genio.

Después dio media vuelta, regresó a su despacho y cerró la puerta con fuerza.

El jefe me apretaba por donde mejor sabía. Una discusión más y habría perdido el trabajo para siempre.

Escribir era lo único que sabía hacer y por muy mal pagado que estuviera, todavía no gozaba del éxito suficiente para abrirme hueco entre las grandes publicaciones.

Agarré el viejo teléfono y sopesé antes de hacerlo. No me lo perdonaría. Pensé en levantarme, ir hasta su despa-

cho y decirle que abandonaba, pero no logré hacerlo. Así que desbloqueé el terminal e invoqué a las musas para dar un toque poético a las malas noticias que iba a transmitirle a Patricia.

Nuestros planes, una vez más, se aplazaban por culpa del trabajo.

Mi relación se hundía como el Titanic y yo me ahogaba como DiCaprio entre las paredes de la maldita redacción.

Preparé otro café y decidí centrarme en el perfil de Mónica Llopis. Por alguna razón, su historia me resultaba más interesante que la de mi compañero de correrías.

Además de revisar las fuentes oficiales, un ávido reportero debe buscar en lo más profundo de su ser. La red se había convertido en un pozo de petróleo informativo sin fecha de caducidad. En el pasado, la historia podía ser tergiversada con cierta facilidad. En la era de Internet, la información digital no olvidaba.

Por tanto, dejar las notas de prensa y los expedientes académicos a un lado para concentrarme en sus perfiles sociales. En una época en la que fantasear con todo se encontraba a golpe de clic de ratón, no me cabía duda de que el perfil de Facebook de Llopis contentaría mis necesidades.

Una anodina foto de perfil entre palmeras, común y sin segundas interpretaciones. Una página oculta a los desconocidos. Así era ella, calculadora, fría y anticipada al error. Frente a la pantalla del ordenador, me sentí como Alicia siguiendo al conejo, a punto de colarme por la madriguera.

¿Qué ocultas, Mónica?, pensé.

Recurrí a su expediente académico y no pasaron más de diez minutos para encontrarme frente a la lista de estudiantes que habían cursado con ella Biología Molecular en la Universidad de Valencia. Un nombre y dos apellidos me llevaron a otra página que terminó conectando con un antiguo grupo de estudiantes.

Entonces vi su nombre junto a una dirección de correo electrónico.

Gracias a varios consejos aprendidos mientras cubría una conferencia sobre seguridad informática en el centro cultural de la CAM, no tardé en acceder a sus álbumes privados de fotos.

—Bravo, Gabriel —dije en voz alta. Nadie me escuchó. Para entonces, Ortiz se encontraría jugando al póquer en línea o viendo una película en su oficina.

No pude experimentar mayor decepción al comprobar que Mónica Llopis había sabido jugar sus cartas.

Las únicas fotos que albergaban en ese álbum, no eran más que recortes de prensa digitales e imágenes de archivo en diferentes actos públicos.

Mónica dando una conferencia.

Mónica sonriendo ante la cámara.

Mónica rodeada de hombres.

El reloj marcaba las siete de la tarde.

Había desperdiciado el maldito día y no tenía nada.

La emoción se desvanecía como polvo de estrellas sobre las teclas negras.

Pronto alguien se dejaría caer por allí en busca de responsabilidades. Los nervios afloraron debido a la presión del momento y la procrastinación que me perseguía desde hacía meses.

Demonios, Llopis, has jugado conmigo, me dije.

Cerré la ventana del navegador y regresé al editor de texto cuando algo destelló en mi cabeza. Regresé al álbum de fotos privado del perfil de Facebook de la candidata.

Entre los hombres había un rostro que se repetía.

Una, dos... y hasta tres veces.

Un hombre algo más alto que ella, siempre vestido con americana, metido en la treintena y con el pelo castaño peinado hacia atrás.

A diferencia de Antonio Hidalgo, Mónica Llopis era de sobra conocida entre sus círculos por ser una mujer que

anteponía su labor a las relaciones íntimas.

Por fin, me había colado en la madriguera.

CAPÍTULO TRES

Una vez más, las agujas eran más rápidas que mis piernas.

Los malditos vermús matinales en la barra del Sento, uno de mis bares de tapas favoritos de la ciudad, me habían hecho perder la noción del tiempo entre las paredes de aquel bar hasta que sonó el teléfono.

No era Ortiz, sino Pacheco, el fotógrafo que trabajaba con nosotros. Se encontraba en el paraninfo de la Universidad de Alicante.

Mónica Llopis sería investida como la primera rectora de la historia de la Universidad.

Tenía una hora para llegar.

Hidalgo no lo había logrado y yo me había tomado la molestia de celebrarlo por él. Todo había sucedido de una forma tan rápida e inusual, que resultaba difícil saber en qué día me encontraba.

Pagué la cuenta y salí a la calle en busca de un taxi que me llevara al campus de San Vicente.

El sudor pegajoso de principios de junio recorría mi espalda como una cascada. Supuse que tendría una mancha tan grande como el dorsal de Ronaldo.

Una vez el taxi me hubo dejado junto al aula magna, corrí y corrí, tropezándome con los curiosos que por allí pasaban. El paraninfo de la universidad era una gran platea dividida por tres bloques de butacas, un anfiteatro y un escenario de casi veinte metros de largo. El salón estaba a rebozar de invitados. Al cruzar el vestíbulo, observé rostros conocidos a lo lejos: el resto de mercenarios de la prensa, po-

líticos, el Presidente de la Generalidad Valenciana y a Pacheco sujetando su cámara de fotos.

Me escabullí entre las butacas, llamando la atención de los ponentes y molestando a invitados y presentes que escuchaban el soporífero discurso que el antiguo rector estaba dando con elogios a su sucesora. Mónica Llopis llevaba un vestido azul de gala, discreto y formal, dejando una vez más a la luz su marca propia. Una filosofía que marcaría el futuro de los estudiantes como el de los salarios profesionales.

La miré a los ojos. Parecía nerviosa, entusiasmada por el momento.

Entre las sombras que acariciaban a la audiencia, pude reconocer el rostro de Hidalgo, sentado en un rincón junto a otro profesor de la facultad de Humanidades. No parecía haber recibido bien el golpe.

—Ya estoy aquí... —murmuré junto a Pacheco, que no parecía tomar la iniciativa para largarse de allí—. ¿Me he perdido algo?

—Llegas por los pelos, Gabriel —dijo con voz afectada—. ¿Qué es ese olor?

—Tú haz fotos, que te pagamos para eso —contesté—. De las preguntas ya me encargo yo.

Sin dirigirme la mirada, guardó silencio y continuó disparando ráfagas por su objetivo.

Entonces, Mónica Llopis se puso en pie y se dirigió al estrado para decir unas palabras. Un silencio insoportable y vacío llenó la sala.

Con la delicadeza que le caracterizaba, esbozó una sonrisa y carraspeó con dulzura. Miró a los folios que tenía delante y dio un pequeño golpe a la cabeza del micrófono. Era su momento, la estrella estaba a punto de brillar.

Pero algo sucedió.

—¡Haz fotos de esto! —Dije agarrando a Pacecho del brazo.